

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 21 DE AGOSTO DE 1932

NÚMERO 34.



JORGE WASHINGTON CARVER

Un negro de América, hombre de ciencia, con algunos de los productos que ha hecho del cacahuet

Pocos sitios habrá en Africa donde no se cultive el cacahuet. Pero la gente de Africa no son los únicos que lo cultivan. En la India, en China y en los Estados Unidos de América y en algunas otras partes del mundo, lo hay también. En América le llaman "nuez de guisante", y en otras partes le dan el nombre de "nuez de mono".

Nosotros, en Africa, sabemos que los monos los prefieren a cualquier otro alimento.

Tú, cuando te compras diez céntimos de cacahuet, los comes y no piensas nada más. Te gustan, pero no te preocupas de otra cosa. Pues el cacahuet es de muchísimo alimento. Produce un aceite que se puede emplear para gui-

esos y también para frotar y suavizar la piel. Los ramos y hojas de las plantas son una comida excelente para cabras, monos y otros animales.

Muchos miles de toneladas de cacahuet se mandan desde Africa a Inglaterra, España y otros países de Europa. En estos países los emplean para hacer jabón y aceite para guisar. Desde Nigeria, en el Oeste de Africa, se mandaron en un solo año 135.000 toneladas de cacahuet a Europa. Otros muchos se envían desde Uganda (en el Este de Africa), desde el Congo belga y desde Angola y otros países de Africa. El cacahuet es un don de Dios para Africa y el mundo.

LO QUE DESCUBRIO UN NEGRO AMERICANO

Un negro americano descubrió más de doscientas diferentes cosas, que se podían hacer del cacahuet.

Voy a enumerar solamente unas pocas: sopas, leche, manteca, harina y tinta de imprenta.

Este hombre nació, en 1864, en Misuri (Estados Unidos), unos pocos años antes de la liberación de los esclavos. Sus padres eran todavía esclavos. Cuando él aún era muy pequeño, robaron a su madre y nunca la volvió a ver. Su padre fué muerto poco después en un accidente. Habiendo cumplido diez años, le mandaron al colegio. Era muy pobre, pero vivía con una familia que le permitía ir al colegio; él, en cambio, tenía que trabajar en las faenas de casa. En un año había aprendido

todo lo que aquel maestro le podía enseñar.

Carver tenía un gran afán de aprender más y se marchó de allí a otro colegio. Ahora se ganó su sustento trabajando en una cocina. Más tarde lavó ropa para otros, y todos estaban satisfechos de su trabajo.

Por fin consiguió entrar en la Universidad, donde acabó su carrera en 1896. En el mismo año, el Dr. Booker T. Washington, otro negro célebre, le llamó, como profesor, a un colegio grande para negros, donde se encargó de enseñar agricultura.

Al principio hizo experimentos con la rotación de la tierra para conseguir mejores cosechas. Luego procuró encontrar una planta que podía sustituir al algodón, porque la planta del algodón fué destruída muy a menudo por unos gusanos dañinos. Después empezó a trabajar con el cacahuet y descubrió los 200 diferentes modos de usarlo. Escribió también un folleto explicando 405 diferentes clases de comidas, que se pueden hacer del cacahuet. El doctor Carver es un hombre verdaderamente sabio.

El Paraíso de los leprosos

(Conclusión.)

Era un bosque pequeño y un trozo de campo para cultivar. La misma Sociedad misionera le procuró los fondos para comprarlo todo, y dentro de unos años fueron a vivir allí 6.000 leprosos.

El fundador mismo no llegó a ver

las muchas casas que se hicieron; hay un verdadero paraíso de los leprosos, como no existe otro en el mundo. El todavía ha podido inaugurar, en el año 1890, una hermosa iglesia, cuando anteriormente tenían que celebrar los cultos en una miserable choza cubierta de paja. Los leprosos estaban gozosos de tener al fin un sitio tan hermoso para sus cultos, y cantaron con fervor sus himnos, aunque muchos de ellos tenían la voz ronca por causa de la lepra. El mismo misionero murió en su tierra en el año 1901. Su salud había sufrido mucho con tantos trabajos y desvelos. Poco antes de su viaje bautizó a 142 y confirmó a 120. Cuando la noticia de su muerte les alcanzó desde el otro lado del mar, parecía que no había consuelo para ellos, y un llanto desgarrador llenó las casas: "¡Hemos perdido a nuestro padre, nuestro querido padre!"—repetían una y otra vez.

El refugio es como una colonia, un pueblo grande, y le llaman allí en Perulia el paraíso de los leprosos. Las casas están pintadas en diferentes colores: blancas, coloradas, azules, pardas y amarillas; una distancia de unos 50 pies las separa; el espacio intermedio le llenan de huertos y jardines con flores. Las casas tienen unos 50 pies de largo, cada una con una galería alrededor de unos veinte pies de ancho; el sitio más importante, para una casa india. Cada casa contiene tres habitaciones grandes, donde viven cuatro personas juntas; cada uno tiene su cama y su pequeña despensa; además, una hornilla para guisar. En medio del pueblo hay un hermoso mercado. Allí los

enfermos pueden comprar legumbres, especias, sal, harina, tabaco, etc. Se les da únicamente su ropa y arroz crudo, y además cada hombre recibe semanalmente una peseta y la mujer 80 céntimos. En la India se puede vivir modestamente con esto. Los enfermos guisan para sí solos; únicamente para los niños hay una cocina común. Por todas partes se ve cómo ellos se ayudan mutuamente y cómo los más fuertes asisten a los imposibilitados.

También hay trabajos para aquellos que todavía pueden hacer algo. Esto es una gran bendición para los pobres, que con el tiempo se aburrirían y que sentirían sus dolores aún más si tuvieran que estar ociosos. Unos hacen cuerdas, que en el mismo asilo necesitan. Desde luego, no se puede vender nada de lo que hacen los enfermos, porque había el peligro del contagio. Otros ayudan a los albañiles y a los carpinteros, que son antiguos discípulos de la casa de los niños. en el trabajo de reforma de las 64 casas. Y esto es un trabajo que no se acaba nunca. Los tiempos de lluvia y los temporales y tormentas, las hormigas blancas, que penetran en gran número en las casas y carcomen las vigas en pocas semanas, todo contribuye al destrozo de las viviendas. Quien de alguna manera puede, trabaja en la huerta grande, donde todos los caminos tienen que estar siempre muy limpios; otros cuidan de los árboles frutales. Además tienen un estanque y un campo de arroz que da buenas cosechas.

Pero el orgullo y el gozo mayor de los leprosos es la iglesia, donde se re-

uanen todos los domingos en gran número. A ninguno se le obliga a tomar parte en el culto, y a ninguno que quiere ingresar en el asilo se le dice: "Tú tienes que hacerte cristiano." El misionero sabe que Jesús tampoco obligó a ninguno a servirle, y que quería únicamente discípulos que le seguían voluntariamente. Así venían también los leprosos en Perulia y en otros sitios, diciendo a los misioneros: "Enseñadnos y contad mucho del Salvador; nosotros también quisiéramos ser sus discípulos."

Los paganos, sus compatriotas, los expulsan y los desprecian; los dejan morir en la carretera sin mirarlos ni siquiera, y los forasteros, que han venido de tierras lejanas, les tienen compasión, les hacen casas bonitas, les alimentan y visten y vendan sus heridas sin volver la cabeza con asco. ¡Qué Dios de amor tiene que ser aquel en cuyo nombre ellos vienen y predicán!

Una vez un señor amable les había regalado 15 rupias (cerca de 500 pesetas) para la Nochebuena. Estaban destinadas para dulces, que los indios comen con delirio, igual que vosotros aquí en España. Pero los leprosos rogaron que se les concediese emplear el dinero en la construcción de dos capillas, una para las mujeres y otra para los hombres, para que pudieran retirarse también durante la semana alguna que otra vez para orar en silencio. Una vez ya habían recogido para el mismo fin, entre ellos, más de 400 pesetas; pero luego oyeron de un hambre muy grande y mandaron el dinero recogido para aliviar la gran ne-

cesidad. Desde luego, les concedieron su petición, y el generoso dador añadió a la suma el dinero suficiente para construir las dos capillas.

Y ¿cómo podríais vosotros ayudar a los pobres leprosos aquí en España? Dinero no tenéis mucho, pero de vez en cuando os regalan una perra gorda para caramelos, y... ¡los caramelos se comen muy de prisa, pero luego ya no tenéis nada! ¿Habéis experimentado alguna vez que dar a otros hace muy feliz a uno mismo? ¡A ver si os acordáis también de los pobres leprosos!

SECCIÓN RECREATIVA

Los viajantes de comercio

Los niños se sientan alrededor de una mesa, nombrando a uno de ellos director; éste fija para cada uno una letra, y les impone la obligación siguiente: Cada jugador, cuando le toque, debe dar 4 indicaciones que tienen que empezar con la letra que le ha tocado:

1. Cómo se llama.
2. De dónde viene.
3. Adónde va.
4. En qué artículos trabaja.

Por ejemplo:

Me llamo Pepe Pérez.

Vengo del Perú.

Voy a París.

Soy negociante en plátanos.

Quien no pueda contestar cuando le llaman, tiene que entregar una prenda.